

Los pastores buscan tiernos
pastos y dulces aguadas.

Naterones, los rebaños,
del otero a la majada,
nievan, por cañadas verdes,
copos de balido y lana.

Pobre, desnudo, sin fuego
—quien con fuego nos abasta—
está aquí el niño. Un pesebre
de humildes bestias por cama.

¡Ved—puro Amor—, que sois fuego,
y estáis sobre un haz de pajas!
La Virgen, llanto en los ojos...
¡A incendio tal, tales aguas!
Anda a tajos y reveses
el cierzo esgrimiendo escarcha.

Y José que goza y gime
—agrídulces de naranja—,
rindiéndose, ya ha quedado
dormido bajo su capa.
Angeles—al vuelo—, danle
por cabezal plumas blancas.

Rafael LAFFON



CRONICAS DE VALLE VERDE

EL PREGONERO

BUENO, amigo, no tome usted a broma nuestro pregonero. En general, por su bien se lo digo, no tome usted a broma o en serio nada, mientras no lo conozca bien. Digan lo que digan las apariencias, usted espere y no juzgue o tendrá que andarse arrepintiendo a cada dos por tres.

Nuestro pregonero—se lo aseguro yo, que estoy al tanto—no es cosa de broma. Si usted quiere guasearse de algo nuestro, motivos no le faltarán. Ya ve usted qué pueblo, qué calles, qué casas, todo hecho a la tracamunda y en tenguerengue, ¡que cualquier día se mueve una piedra, se vienen detrás las otras y adiós muy buenas. ¿No es de risa que llamemos a esa cuesta la Calle Real y a esto otro la Plaza Mayor? ¿Se ha fijado usted que la Iglesia tiene desmochado el campanario y mientras la torre se compone o no se compone—que cuando será ello—han puesto un esquilón con una cuerda? ¿Y el camposanto? ¿Ha visto ya que tenemos por todo cementerio el huertecillo que rodea a la Iglesia y que hemos de pasar por entre las tumbas cuando vamos a misa, a bautizarnos o a casarnos? Y encima cuando alguien nos menta por ahí dice siempre «Valle Verde la del Castillo...» Mucho castillo y ni ferrocarril, ni carretera, ni teléfono, ni telégrafo, ni luz... ni un puntejo siquiera en el mapa para señalar que estamos aquí. Que sí, señor, que aquí hay materia para el chiste y la guasa.

¿O es usted, acaso, de los que sólo se divierten a costa de las gentes? Pues nada, hombre, también tiene usted aquí tela cortada y por eso no nos vamos a enfadar. Ya ve usted qué pinta y qué modales y qué habla nos gastamos. ¡Qué se le va a hacer! La vida es durilla y para defenderse hay que apretar de firme y pasarse el día con la azada en la mano, o bregando con las bestias y el ganado. Y, luego, como aquí somos siempre los mismos perros con los mismos collares, pues lo que pasa: Tú por tú y como si todo el pueblo fuera nuestra casa. Vivimos a la pata la llana, sin requilorios ni etiquetas. ¿Para qué las queremos si cada uno sabe de sobra el pie o pata, si usted quiere, de que cojea el otro? Gente atrasada, si señor, tosca, ignorante; paletos hasta las cachas. Imagine usted. Sin radio, sin cine, sin periódicos... ¿qué se puede esperar de nosotros? Poco más o menos, como si viviésemos en el limbo.

Puede usted, por lo tanto, hacer burla de nosotros y de nuestras cosas con entera libertad. Lo más probable es que ni nos demos cuenta, lo mismo, por ejemplo, que si usted se chotea de un asno al tanto de sus orejas o sus mataduras. Nosotros como el burro, aguantaremos

la carga que usted nos eche, le haremos el servicio que sea y ni enterarnos de que nos está poniendo en la picota.

Pero, también es casualidad, ha ido usted a estrellarse con el pregonero, que es lo único serio que hay en Valle Verde.

Tampoco hace falta que se disculpe. Que le haya parecido cómico el pregonero no es cosa que vaya a ofendernos. Pero merece la pena que usted se entere mejor. Verá.

Hasta hace bien poco nosotros teníamos otro pregonero del que usted no se habría reído, ni mucho menos. ¡Quia! Porque igual que le he dicho una cosa, le digo la otra: Pueblos mejores que éste los encontrará usted a porrillo, pero pregonero más bueno que Patachula no y ya puede usted echarse a buscar cuando quiera y apostado queda lo que sea. ¡Cómo cantaba los bandos! No tiene usted más que fijarse en este detalle; Llevábamos diez años oyéndole día por día y ya nos le sabíamos de memoria. Bueno, pues sonaba la corneta y uno, aunque conociese el bando de pe a pa, dejaba lo que estuviese haciendo y se ponía a escucharlo y nunca dejaba uno de decir: ¡Qué bien canta los pregones el Patachula!

¿Que por qué nos gustaba tanto? Ah, pues eso no creo que se lo pueda explicar bien. Digo yo que sería por la voz, por el aire que le daba, no sé... Porque él, como cada hijo de vecino, trabucaba las palabras y decía «dende» y «haiga» y «contrebución»... Pero ¡cómo lo decía! Vamos que, palabras aparte, le sonaba a uno bien y le dejaba arregostado para volver a escucharle.

Le adivino por la cara lo que está usted pensando: Manías de pueblo, que como no tienen otras diversiones, cualquier cosa les cae en gracia. Pero yo lo que digo es que siempre sopas cansan y de oír a tío Patachula no nos cansábamos nunca. Pregunte, pregunte usted por el pueblo, pregunte usted en Valle Nuevo, en La Jardilla, en Madrigales, en Jardices, pregunte usted por toda la comarca. Porque ha de saber usted que de todas partes venían a buscar a Patachula para las fiestas y buenos duros que le soltaban para que fuese a pregonar allí. Digo yo que por algo sería.

Patachula, si señor, así le llamábamos. Y tan chula que la tenía: Un pilón de palo desde la rodilla. Por eso le dieron la plaza de pregonero, al cortarle la pierna y quedarse inútil. No, no señor, no la perdió en la guerra ni en ningún acto heroico. Aquí, héroes, a Dios gracias, no tenemos: somos un pueblo pobre, ¿sabe usted? y no podemos sostener lujos. A nuestro pregonero le arreó una coz una caballería cuando la iba a enganchar al arado. De momento no pareció cosa mayor, pero al cabo de los años la coz salió a relucir y se lo tuvieron que llevar de prisa y corriendo al hospital y segarle la pierna por la rodilla.

Y no se vaya usted a creer que si le llamábamos Patachula era por hacerle de menos. Fué que cuando vino del hospital con su pierna de palo nadie sabía por donde romper con él, ni si sería lo propio mentarle la pierna o hacer como si no la viésemos. Porque nos preguntábamos como habría tomado él la cosa y si a lo mejor le hacía más daño verse compadecido. Así es que allí estábamos unos cuantos rodeán-

dole, sin saber que decir, cuando se arrima el tío Hipólito, que para lo que sea tiene buen remango y le suelta:

—¡Anda tú y que pata más chula te han puesto, chacho. Si es más guapa que la que tenías!

Bueno. Nos echamos todos a reír y el interesado el primero, nos bebimos unos cuantos vasos y en Patachula se quedó, echándolo a broma para que no se hiciese mala sangre.

Porque estas cosas lo malo que tienen es que se queda uno como encogido y como si le diese vergüenza por algo y eso es lo que a Patachula le pasaba a lo primero de volver del Hospital. Fijese usted cómo sería que ni a la Rosa, la novia que tenía de antes, volvió a mirarla ni hacerla ningún aprecio. Hasta que un día ella se le plantó delante y le preguntó si es que se había echado otra en el Hospital y que se lo dijese por las claras, para quedar en sí o en no.

Lo que él la respondería no sabemos, pero nos lo imaginamos por que se casaron de allí a poco.

Porque en otros pueblos no se lo que pasará, pero aquí tenemos un refrán que dice que a la gente se la conoce en las ocasiones. Y en Valle Verde no estaremos al corriente de finezas ni andaremos quitándonos la gorra ni doblando el espinazo, pero cuando el caso se presenta procuramos ser los unos para los otros.

También debe usted saber que Patachula, además de pregonar como los ángeles, era una buena persona. Así es que con todo el mundo se llevaba bien, la gente le apreciaba y él vivía, con su pata de palo, como uno de tantos.

Pero cuando la desgracia le señala a uno, mal asunto. Eso lo tengo yo bien visto. Hay gente de suerte y todo se les pone de cara y hay quien tiene la negra y haga lo que haga, palma. No es que yo diga que cada uno nace con buena o mala suerte y nada más. Entiéndame. A la mayor parte, unas veces se nos ponen las cosas bien y otras mal, es decir que la casualidad se promedia y las resultas dependen de lo que uno hace. Ahora, que hay hombres con el santo de cara o de espaldas, de esto no le quepa a usted la menor duda.

Fijese usted lo de Patachula: Iba por la calle, ve a un vecino sacando el volquete del corral, le echa una mano, hace un falso la mula, le coge con la rueda contra el quicio de la puerta y le revienta. Y es que era su sino, no hay otra. La coz que le costó la pierna no iba a por la pierna, sino a por él. Se escapó entonces por milagro, pero como uno la lleve consigo ya puede correr. Se quedó en el sitio. Cuando apartaron el volquete, ya estaba muerto.

Son cosas que le dejan a uno de una pieza, asustado. Claro que todos tenemos que morir, pero, vamos, que hay muertes y muertes. Y cuando llega así, tan sin pensarlo, tan sin razón... bueno, que se le arruga a uno el ombligo y nada más.

¡Qué de preguntas se hacía cada cual cuando íbamos detrás de la caja! Pero esto no creo que pueda usted comprenderlo del todo. ¡Son tan diferentes una muerte y un entierro en un pueblo y en una capital! En la capital los muertos pasan desapercibidos. Se ve un auto con un ataúd, se quita uno el sombrero y ya se perdió de vista el auto. Si para

el que ve el entierro la persona que va en la caja no era nadie en vida, ¿por qué va a serlo después de muerta? Nadie nota su ausencia, nadie la echa de menos, la vida sigue lo mismo que siempre para los que quedan. Aunque haya unas cuantas personas en algún sitio para las cuales aquel muerto tenga un nombre y deje un hueco, como no se las conoce...

Pero en estos pueblos chicos es muy distinto, porque aquí cada muerto tiene su nombre y apellidos. Amigo o enemigo era uno de nosotros, con el que andábamos todos los días. Nos son familiares su historia, su manera de ser, todas sus cosas: Sabemos lo que ha hecho y lo que ha dejado de hacer, lo que se lleva y lo que deja. Aquí los unos nos sostriamos en los otros; si amigos, para apoyarnos y si enemigos para apretar contra él. Falta cualquiera y todo el mundo nota el hueco y el que más y el que menos piensa que también él acabará dejando su hueco.

Luego el entierro va por las calles paso a paso, mientras redobla la campana —en Valle Verde, mientras remiendan la torre, el esquilon— de la iglesia. No se puede dejar de estar al tanto y de pensar en aquello. Cada vecino deja lo que tenga que hacer y acompaña al muerto al camposanto.

Después tratamos todos de volver a lo nuestro, pero... ¡si viera usted que difícil resulta hablar y mirarnos y volver a coger la herramienta! Parece entonces todo tan inútil y tan bobo y tan poca cosa!

El día del entierro de Patachula nos quedamos unos cuantos haciendo corro en la Plaza, a la puerta del comercio de tío Isaías. Estábamos como abobados, sin decir ni pío, pero nos gustaba estar juntos y sentirnos unos contra otros, aunque no hablásemos.

Sea quien sea el muerto, siempre pasa lo mismo. Pero en este caso, además, se trataba de Patachula, a quien todos queríamos y cuyo pregón nos gustaba siempre tanto. ¡Cómo le íbamos a echar de menos!

A mayores, todos estábamos un poco impresionados por el recuerdo de la Rosa, la mujer de Patachula, con sus cuatro hijos abrazados a ella, llorando, diciéndose: «¿Qué va a ser ahora de nosotros?».

Porque Patachula había dejado cuatro hijos y el día y la noche por herencia. Un varón y tres niñas. El muchacho, que era el mayor, se llamaba Todorillo, —digo yo que sería Teodoro—, y tenía ocho años. Un cuadro, verlos enganchados de la madre y oír decir a la Rosa: «¿Qué va a ser ahora de nosotros?». Le digo yo que imponía.

Así pues, estábamos en la plaza al caer de la tarde, pensando en todas estas cosas, cuando va uno y dice:

—A estas horas hacía una ronda pregonando.

Oiga usted: Decir esto y sonar la corneta fueron una misma cosa. Pero sonar bien alto y bien claro y en el sitio donde Patachula comenzaba siempre su ronda de la tarde, nada de imaginaciones. Así es que nos quedamos todos como de piedra.

¡Piii...!

Nos miramos unos a otros. ¿Es que estábamos soñando? Porque a Patachula le acabábamos de dejar bajo tierra y pregonero no había.

¡Piii...!

Un instante de silencio. Y luego el pregón:
—¡El que haiga perdido...! ¡Dende mañana... está abielto... el pago... de la contrebución...!

Y se acabó el bando y seguimos todos sin hablar, como pasmados, hasta que la corneta volvió a sonar en otra parada. Y luego en otra, y a la siguiente, como el Patachula tenía por costumbre, igual que todos los días.

Usted pensará lo que quiera, pero nosotros estábamos encogidos mientras el pregón se iba acercando a la plaza, esquina por esquina, cada vez más próximo.

—¡El que haiga perdido...! ¡Dende mañana... la contrebución...!

Ahora tendría que llegar a la plaza y todos estábamos vueltos hacia la Plazuela de la Fuente por donde tenía que desembocar el pregón. Mire usted: Hay cosas que se cuentan y no son nada para el que las oye, que no hay medio de darlas a entender tal y como fueron. Pero, por mucho que se achiquen después, uno sigue sintiéndolas por dentro y da rabia contarlas y darse cuenta de que no se pueden hacer sentir a los demás.

Eso es lo que a mi me pasa ahora. Que me da rabia no ser capaz de hacerle a usted comprender lo que pasaba por nosotros en aquel momento, mientras esperábamos, mirando a la calle por la que tenía que entrar el pregonero.

Y apareció por fin. Al vernos, todos de frente y mirando para él, se quedó como cortado, sin saber qué hacer y hasta llegó a pararse. Pero Floro el Alcalde, que estaba en el grupo, le llamó:

—Acércate, hombre. El bando de la plaza se echa desde aquí. El pregonero —usted ya le conoce y se ha reído de él—, se acercó, aunque con cierto recelo. Este pregonero, que para usted es cosa de broma, era Todorillo, el hijo mayor de Patachula, que tiene ocho años. Por lo visto, había dicho a su madre:

—No se apure usted, madre. ¿No soy yo el hombre de la casa al faltar padre?

Y sin que nadie se lo dijese había cogido el papel de los bandos y la corneta y se había echado a pregonar.

Pero al vernos en la plaza e irse arrimando a nosotros, no las tenía todas consigo. El mismo ha dicho después que iba pensando: «Ahora me quitan la corneta y me sueltan un par de sopapos».

Así es que al llegar al sitio del bando se quedó parado y vimos que tenía cara de preocupación y que se restregaba los pies descalzos uno contra otro, sin atreverse a hacer nada. En vista de lo cual, el Alcalde tuvo que decirle:

—Venga, hombre,

Todorillo entonces se puso la corneta en la boca y sopló con todas sus fuerzas, aunque sin dejar de mirarnos de soslayo. Continuamos en silencio. Por lo tanto, Todorillo limpió con la mano la embocadura de la corneta, alzó la cabeza y gritando cuanto podía soltó su pregón:

—¡El que haiga perdido...! ¡Dende mañana... la contrebución...!

Veíamos todos cómo se le torcía la boca y le temblaba la garganta con el esfuerzo y la corneta en su mano, que abultaba casi tanto como

él. Terminó y bajó los ojos y yo creo que estaba a punto de echarse a llorar, porque al fin y al cabo era un muchacho de ocho años y la audacia le abandonaba. Pero el Alcalde dijo:

—Bueno, mañana por la mañana te presentas al Secretario y recoges el papel del nuevo pregón, ¿estamos?

—Sí, señol—respondió Todorillo con un hilo de voz.

Y el Alcalde, en plan de Alcalde, como quien da órdenes a un funcionario municipal:

—Con que hala, hala. Al avio, que entavía —porque nuestro Alcalde dice «entavía»—te quedan tres paradas más.

—Sí, señol—volvió a decir Todorillo. Pero esta vez como si la cara le resplandeciese de alegría. Y fué a salir corriendo. Pero Isaías el comerciante le paró:

—Espera tú. ¿Qué van a decir de nosotros cuando vean que tenemos un pregonero que anda descalzo por las calles? Entra p'acá.

Porque Isaías el comerciante, señor mio, aunque ha vivido en Madrid y ha aprendido modales detrás de un buen mostrador, se ha estropeado después con las cosas del pueblo y dice «p'acá».

En fin, el caso es que Todoro salió del comercio con un par de botas que le hacían levantar los pies al andar, como si llevase plomo en ellos. Y todavía, antes de que se fuese, le dijo el maestro:

—Pero que no me faltes a la escuela ni un día, ¿eh?

—Sí señol—volvió a decir Todorillo.

—Pues arreando.

«Pues arreando». Esto fue lo que dijo el maestro. Porque, aunque cuesta cierta vergüenza confesarlo, lo cierto es que también el maestro se contagiaba a veces de la manera de hablar que nos gastamos por aquí.

Así pues, Todoro se fué arreando, echó el bando en las tres paradas que faltaban y desde entonces cada mañana va al Ayuntamiento en el recreo de la escuela, recoge su papel y se echa a pregonarlo de calle en calle.

Con que esta es la historia y este es el pregonero que ahora tenemos en el pueblo. Si usted, como forastero, ha podido reírse de él, nosotros le tomamos bien en serio. Porque aquí, señor, nos arreglamos como podemos y además estamos seguros de que, con el tiempo, este pregonero llegará a tener tan buena voz como su padre.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ



Roma dió a luz la lengua castellana
que antaño fué latina, luego, hispana,
más tarde, universal y americana.

Pero fue antes,
rosario de palabras
la lengua de Cervantes.

En la orilla del Duero
se hizo poema del «Mío Cid»,
en Galicia, «saudades»;
casticismo en Madrid,
fuego en Levante;
en Sevilla «salero»,
en Huelva «cante».

Y es la América Hispana
un mundo que desgrana,
su collar de palabras
en lengua castellana.

Trovadores anónimos, juglares,
el verbo por España pasearon,
verbo que luego atravesó los mares;
y donde los soldados descansaron
palabras castellanas emplearon
para cantar a Dios en los altares.

Nuestra lengua fue lazo, fue tributo,
y acarició a los hombres de otra orilla
con suaves cadencias;
circunvaló la tierra, cruzó el mundo,
y con letras creó la maravilla
de llevar el espíritu y la ciencia
a la cálida Antilla.

En el cantar de gesta fue dramática,
fue lírica en la voz de Garcilaso;

“La Lengua Castellana y la

Hispanidad”